



«Cada caminante, siga su camino»

Historia y significado de un lema poético
en la vida del fundador del Opus Dei

Alfonso MÉNDIZ

La tarde del domingo 5 de junio de 1939, el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer llega a Burjasot, un pueblecito del litoral levantino, para predicar un curso de retiro a universitarios en el Colegio Mayor San Juan de Ribera. Hace calor, y los asistentes pasean por el jardín, al cobijo de los árboles, mientras aguardan su llegada.

Muchos han oído hablar de él: saben que sus pláticas tienen fama de vibrantes y encendidas, removedoras. Por eso, cuando aparece ante sus ojos el coche que le trae desde Madrid, se levanta una cierta expectación, que la simpatía del Fundador del Opus Dei hace desaparecer desde el primer instante.

Tras una breve conversación, los universitarios pasan al interior del Colegio Mayor, que goza de merecida fama porque muchos de los residentes allí becados han logrado luego renombre en el mundo intelectual. El edificio, sin embargo, no está en su mejor momento. Durante la guerra civil, terminada hace pocas semanas, había servido como cuartel del ejército republicano, y aún conserva las huellas de un descuido prolongado. Por otra parte, de sus paredes cuelgan todavía algunos rótulos de la propaganda republicana: carteles de Renau, de Fontseré, de Melendreras. Los propios estudiantes se aprestan rápidamente a retirarlos.

De repente, Monseñor Escrivá de Balaguer repara en un cartel muy grande y llamativo, encima del dintel de una puerta. Es un cartel sin ilustración, que reproduce tan solo un lema poético: «Cada caminante, siga su camino». Pensando en que tal vez esa frase pueda molestar al Fundador de la Obra, algunos se acercan para intentar descolgarlo, pero él les detiene:

—¡Dejadlo! No lo quitéis... Es un consejo aprovechable.

Todavía se queda un rato observando el cartel. Podemos imaginarlo abstraído, reflexivo; como queriendo exprimir todo el jugo de una idea luminosa que aca-

ba de encenderse en su interior. Y, ciertamente, es algo que parece conectar con una luz muy íntima que ha madurado ya con anterioridad. De hecho, y como documentan varios de los asistentes, aquella frase llegó a convertirse en un *leit motiv* de su predicación a lo largo de todo el curso de retiro¹.

* * *

Muy hondas debieron grabarse aquellas palabras en el alma del Beato Josemaría, y muy luminosa debió resultar la experiencia. Porque esa anécdota sería tema frecuente de su oración y de su predicación en los años venideros, e incluso dejaría constancia escrita de ella en varias ocasiones. La primera fue pasado ya mucho tiempo, más de veinte años, en una carta que dirigió a sus hijos. En ella, tras relatar su llegada al Colegio Mayor, refiere:

«En uno de los pasillos encontré un gran letrado, escrito por alguno *no conformista*, donde se leía: *Cada caminante, siga su camino*. Quisieron quitarlo, pero yo les detuve: *dejadlo* —les dije—, *me gusta: del enemigo, el consejo*. Especialmente desde entonces, esas palabras me han servido muchas veces de motivo de predicación»².

En 1960, mientras predicaba sobre la santificación del trabajo, volvería a recordar el suceso con parecidas palabras: «Por eso, allá por el año 1939, me llamó la atención un letrado que encontré en un edificio, en el que daba un curso de retiro a unos universitarios. Rezaba así: *Cada caminante, siga su camino*; era un consejo aprovechable». Años más tarde se publicó esa homilía con el título «Trabajo de Dios»; ahí puede leerse esta narración tan estrechamente vinculada a la vida del Beato Josemaría³.

Finalmente, en una meditación que dirigió en marzo de 1963, recordaba de nuevo la misma escena: «El primer curso de retiro que yo prediqué, acabada la guerra civil española, lo di en el Colegio de Burjasot, junto a Valencia. Todavía estaba aquello, como suele decirse, como un cuartel robado: mucho desorden, mucha suciedad, mucha destrucción. Pero *omnia in bonum!*, porque me encontré con un car-

1. Cfr. los testimonios escritos de Amadeo de Fuenmayor (Archivo General de la Prelatura Opus Dei, Registro Histórico del Fundador [AGP, RHF], T-02769), Roberto Moroder (AGP, RHF, D-12799) y Carlos Verdú (AGP, RHF, T-07805). Esos testimonios coinciden en relatar la escena que acabamos de describir; muy especialmente, el hallazgo del cartel. Aunque no hay unanimidad acerca del lugar concreto en el que se encontraba: dentro de la casa, refiere uno; en el vestíbulo, cerca de la entrada, señala otro; en el patio interior, encima de una puerta de acceso, según el tercero. El Fundador de la Obra dejó escrito que lo vio encima de una puerta. El pasaje ha sido también relatado en diferentes obras publicadas. Entre otras, cfr. A. SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1989.

2. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta 9 de enero de 1959*, nº 35.

3. «Trabajo de Dios», *Amigos de Dios*, nº 59 (Rialp, Madrid 1977; 25ª edición española: 1999, p. 104).

tel que me ha servido de motivo de predicación tantas veces. En aquel cartel decía: *cada caminante, siga su camino*»⁴.

Por otra parte, muchos de los autores que se han ocupado de su biografía han hecho explícita referencia a ese episodio: desde el primero de ellos (Salvador Bernal, en 1976)⁵ hasta uno de los últimos en abarcar con su obra la vida entera del Fundador (Ana Sastre, en 1989)⁶. Dejo al margen las dos últimas semblanzas publicadas, por estar circunscritas a un período histórico que excluye el momento que estamos comentando⁷. Esta coincidencia de los biógrafos refleja un cierto sentir común —no manifestado explícitamente en sus libros— acerca de la importancia de ese hecho en su vida.

A la vista de todo esto, cabe preguntarse: ¿por qué el Fundador concedió tanta importancia a este pequeño suceso? ¿Por qué se la concedieron también sus biógrafos? Para intentar responder a esta pregunta, situándola en su contexto histórico y personal, vamos a analizar tres aspectos relacionados directamente con ese episodio: la paternidad del lema poético, en primer lugar; la experiencia poética y aforística en la predicación del Beato Josemaría, en segundo lugar; y el significado espiritual que el Beato Josemaría atribuyó a esa frase, por último. La unión de esos tres aspectos nos permitirá un conocimiento cabal del pasaje biográfico que acabamos de relatar. Vayamos con el primero de ellos.

¿Un lema bélico o un verso de Antonio Machado?

Antes de adentrarnos en el significado personal de esa frase, será conveniente realizar un somero análisis de su estructura desde el punto de vista histórico-literario. Ello nos permitirá encuadrar históricamente el suceso y —más importante aún— determinar la paternidad de tan significativas palabras.

No hacen falta muchos conocimientos de métrica clásica, para descubrir en el entramado de esos vocablos una estructura nítidamente poética. A pesar de la cir-

4. Meditación, 6.III.1963.

5. S. BERNAL, *Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1976, p. 204. Este autor, además, tituló significativamente con las palabras «Cada caminante siga su camino» un epígrafe del capítulo quinto, que recoge la época de la postguerra.

6. A. SASTRE, *Tiempo de caminar...*, pp. 251-258. También ella empleó ese lema como título de un epígrafe de su biografía.

7. El libro de Pilar URBANO (*El hombre de Villa Tevere*, Rialp, Madrid 1995) recoge tan sólo los años romanos del Beato Josemaría: desde 1946 a 1975. Y el primer volumen de la biografía de Andrés VÁZQUEZ DE PRADA (*El Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1997, tomo I) se detiene en el año 1936. Su anterior semblanza (titulada también *El Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1983) refleja con cierta extensión este pasaje en la página 202.

cunstancia histórica (aparecer en un recinto militar), el texto no puede ser considerado una consigna bélica ni tampoco un eslogan patriótico. Ni por la forma ni por el tema remite a un contexto militar; y tampoco puede considerársele un lema bélico al uso en aquella época: porque las consignas de guerra o los emblemas de las compañías eran, entonces y ahora, de una índole muy distinta.

Por el contrario, si atendemos a su ritmo interno percibimos claramente una estructura que debemos calificar de poética. Existe, en primer lugar, una composición simétrica: dos cláusulas de seis sílabas que bien pudieran ser dos versos. Existe, además, una cadencia de acentos que resulta idéntica para esos dos períodos. Reflejado gráficamente, el esquema sería el siguiente:

«Ca-da	ca-mi-nan-te,	si-ga	su ca-mi-no»
+	- - - + -	+	- - - + -

Y existe, por último, una repetición sonora de la sílaba «ca» al inicio de las tres palabras fuertes (*cada*, *caminante*, *camino*) que sugiere un esfuerzo deliberadamente poético para crear una reiteración fónica: lo que técnicamente se llama una aliteración.

No debemos dudar, por tanto, de que se trata de un lema poético: tal vez un fragmento de un poema, o simplemente el comienzo del mismo. Pero un texto poético, en definitiva.

Ahora bien, por algunas evidencias históricas y literarias que vamos a exponer a continuación, pensamos que hay indicios más que suficientes como para afirmar que el autor de esos versos era un poeta muy conocido en aquel momento: Antonio Machado.

El punto de partida para sostener esta hipótesis radica en la proximidad física y emocional del poeta de Castilla con el mando militar republicano instalado en el Colegio Mayor San Juan de Ribera, en Burjasot. Pero, para aclarar este punto, será necesario situar los acontecimientos históricos en la vida de Machado; porque sólo así podremos ver con claridad su conexión con Valencia y con el ejército republicano.

En noviembre de 1936, cuando la ofensiva Nacional sobre Madrid empezó a estrechar el cerco, el Gobierno de la II República decidió trasladar a Valencia a los intelectuales más destacados que residían en la capital de España. Entre esos intelectuales, se encontraba Machado y su familia; y el traslado de este grupo (allí estaban también Rafael Alberti, León Felipe, José Moreno Villa, etc.) se encargó al Quinto Regimiento, que entonces comandaba Enrique Lister. El 25 de noviembre, muy de madrugada, la expedición llegó a Valencia y fue instalada en el requisado Hotel Palace, donde había un intenso trajín de viajeros. Ese ajetreo, y el ruido consiguiente, casaba poco con la soledad y la tranquilidad que tanto amaba el poeta; y

a los pocos días consiguió la autorización para trasladarse con su madre y sus hermanos a un chalet de Rocafort, a unos doce kilómetros al Norte de Valencia. En esa misma carretera, casi a mitad de camino entre Valencia y Rocafort, está el pueblo de Burjasot: paso obligado para todos los desplazamientos que D. Antonio realizó a la ciudad del Turia; y que debieron ser unos cuantos, pues permaneció en Rocafort desde diciembre de 1936 hasta abril de 1938⁸. De hecho, uno de los biógrafos de Machado llega a afirmar que el poeta residió incluso en Burjasot⁹.

Lo anterior serviría para corroborar su cercanía física al cuartel de Burjasot. Pero ahora debemos decir algo respecto de su cercanía emocional. Ciertamente, Machado sintió una especial deuda de gratitud con el ejército republicano, que facilitó su traslado a Valencia (el suyo y el de toda su familia: diez personas en total) y que además le acomodó tan generosamente en el chalet de Rocafort. Esa gratitud se dirigió, sobre todo, al Quinto Regimiento, del que pensó incluso en escribir una breve historia¹⁰. De hecho, a su comandante, Enrique Líster, dedicó una carta de agradecimiento y un sentido poema que fueron inmediatamente reproducidos en la prensa republicana de la época. Además, publicó algunos de sus trabajos en *Milicia popular*, la revista del Quinto Regimiento. Y dedicó, en fin, cartas, poemas y artículos periodísticos a los militares más destacados del ejército republicano: sobre todo, a Carlos J. Contreras¹¹.

En todo caso, no son sólo elementos coincidentales los que nos llevan a suponer la autoría machadiana sobre el lema del cuartel militar de Burjasot: «Cada caminante, siga su camino». Para corroborarlo debemos atender, en primer término, a la importancia que en la poesía de Machado tuvo siempre el motivo del camino: desde su etapa modernista, con la publicación de *Soledades* (1902)¹², a la etapa noventayochista, con *Campos de Castilla* (1912)¹³, o a la última época de *Nuevas Canciones*

8. Monique Alonso documenta cinco salidas destacadas a Valencia: generalmente, para pronunciar discursos o conferencias (*Antonio Machado, poeta en el exilio*, Anthropos, Barcelona 1985, pp. 53-63). Pero su hermano José Machado testimonia que, de vez en cuando, iba a Valencia para comprar libros (*Últimas soledades del poeta Antonio Machado*, Forma Ediciones, Madrid 1977, p. 204).

9. M. TUÑÓN DE LARA, *Antonio Machado, poeta del pueblo*, Taurus, Madrid 1997, p. 319.

10. Enrique Castro, comandante-jefe del Regimiento, recuerda que su comisario político le dijo un día: «No te olvides de que Machado quiere ser el historiador del Quinto Regimiento» (E. CASTRO, *Hombres made in Moscú*, p. 617; cit. en M. ALONSO, *Antonio Machado, poeta en el exilio...*, p. 283).

11. Cfr. ALFONSO MÉNDIZ, *Antonio Machado periodista*, EUNSA, Pamplona 1996; para este punto, tiene particular interés el epígrafe «Antonio Machado y las publicaciones del 5º Regimiento» (pp. 354 ss).

12. Ahí se publicaron, entre otros poemas: «He andado muchos caminos» (II), «Yo voy soñando caminos / de la tarde...» (XI) o el que tituló expresamente «Del Camino» (XXI).

13. La serie «Campos de Soria» (CXIII), por ejemplo, abunda en alusiones a los caminos del paisaje. Otro poema es titulado también «Caminos» (CXVIII). Y la figura del caminante se hace presente con fuerza en «La tierra de Alvargonzález» (CXIV).

(1930)¹⁴. Con todo, el tema del camino resulta un motivo poético especialmente significativo en la colección de «Proverbios y cantares» (1912). Allí encontramos un poema muy conocido de Machado que presenta no pocas similitudes formales con el verso que tanto meditó el Fundador de la Obra. Dice así el poemilla machadiano:

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.

Caminante no hay camino,
sino estelas en la mar¹⁵.

Tan importante llegará a ser el concepto del camino en su poesía, que a su estudio y análisis dedicarán los investigadores tres largos ensayos, publicados en diversas revistas durante los años sesenta: «El tema del camino en la poesía de Antonio Machado», de F. Ruiz Ramón¹⁶; «Los caminos de Antonio Machado», de Concha Zardoya¹⁷; y «Machado en el camino», de Emilio Orozco¹⁸.

Además de esta semejanza formal y temática, está también la costumbre machadiana de escribir versos sueltos. D. Antonio era muy dado a garabatear en un papel una expresión feliz, de resonancias poéticas, como germen o punto de arranque para futuros poemas. De hecho, al día siguiente de su fallecimiento en Colliure, se encontró un verso suelto en un papel arrugado que D. Antonio había guardado en el bolsillo de su gabán. Según cuenta su hermano, José Machado, en esa hoja «se recogían las últimas palabras en verso que escribió el poeta en su vida: “Estos días azules y este sol de la infancia”»¹⁹. Probablemente lo escribió la tarde anterior, durante un paseo hasta la playa, movido por el recuerdo del mar azul de su infancia con el reflejo del sol mediterráneo de Colliure. Lo importante aquí es que un verso suelto

14. Merece ser destacada, en este volumen, la presencia del camino en la colección de «Sonetos» (CLXV): «Tuvo mi corazón, encrucijada / de cien caminos...» (1), «Verás la maravilla del camino / camino de soñada Compostela» (2).

15. *Campos de Castilla*, «Proverbios y cantares» (CXXXVI), n.º XXIX.

16. *Cuadernos Hispanoamericanos*, t. LI, n.º 151, julio de 1962, pp. 52-76.

17. *La Torre*, Revista general de la Universidad de Puerto Rico, n.º 45-46, enero-julio de 1964.

18. Tesis doctoral inédita. Universidad de Granada, 1962.

19. José MACHADO, *Últimas soledades del poeta Antonio Machado...*, p. 237.



tiene ya valor en sí mismo, como síntesis condensada de todo un poema. Y, como en la frase que nos ocupa, es también un díptico de claras resonancias aforísticas.

Por otra parte, los poemas de Machado se leían con frecuencia en los frentes, entre las milicias populares, para mostrar el supuesto apoyo de los intelectuales a la causa republicana. Y aquí conviene hacer una precisión. D. Antonio había afirmado repetidas veces su independencia de todo partido político, y muy especialmente de las ideologías marxistas, a las que algunos quisieron vincularle; por eso se permitió declarar en un discurso ante las Juventudes Socialistas: «Desde un punto de vista teórico, yo no soy marxista; no lo he sido nunca y espero no serlo jamás. Entre otras cosas, porque me falta simpatía por la idea central del marxismo: me resisto a creer que el factor económico, cuya enorme importancia no desconozco, sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia»²⁰. Sin embargo, Machado se manifestó reiteradas veces a favor de la República; por eso el gobierno republicano quiso utilizar su prestigio como poeta y financió la edición popular de algunos de sus poemas; como, por ejemplo, la colección de prosas y poesías titulada *La guerra*²¹; o una edición barata de *La tierra de Alvargonzález* (1938), con destino a los frentes de combate.

Con estos precedentes, no es aventurado suponer que algún mando militar del ejército afincado en Burjasot, en el Colegio Mayor San Juan de Ribera, solicitara de Machado un lema poético para su compañía; o tomara —de algún poema perdido, pues no aparece en sus *Obras completas*— ese solitario verso de «Cada caminante, siga su camino». De hecho, consta que D. Antonio recibió muchas peticiones de este estilo, como refiere también su hermano José, que fue su compañero fiel durante los años que pasó en Valencia: «Otra tarde unos jóvenes entusiastas fueron a pedirle una poesía para su Asociación. Y entonces les escribió el magnífico himno titulado “¡Alerta!”»²².

La confirmación de un testigo acreditado

Todas estas reflexiones llegan a su punto culminante con el testimonio fehaciente de alguien que vivió de cerca esos sucesos. Se trata de Francisco Gómez Martínez, oficial del Ejército republicano que, a finales de la contienda estaba bajo las órdenes del General Matallana. Este es su testimonio, dado a conocer por el Prof. José Orlandis en un reciente libro de memorias:

20. A. MACHADO, *Poesía y Prosa* (ed. de O. Macrí), Espasa Calpe, Madrid 1988, t. IV, p. 2.191.

21. A. MACHADO, *La guerra (1936-1937)*, Espasa Calpe, Madrid 1937, 115 p.

22. J. MACHADO, *Últimas soledades del poeta Antonio Machado*..., p. 202.

«Algún tiempo después del fallecimiento del Fundador del Opus Dei, hablabam yo ante un grupo de miembros supernumerarios de la Obra de aquel retiro de Burjasot, cuando, al aludir al detalle del cartel en cuestión, uno de los presentes, que residía en Lérida, me interrumpió diciendo: “yo vi ese cartel, y puedo añadir que en 1937 todavía no había sido puesto y sí, en cambio, al año siguiente, en 1938”. Seguidamente explicó sus afirmaciones, aportando recuerdos personales de primera mano.

“Yo —dijo— fui oficial del Ejército republicano durante la Guerra civil, y estuve destinado en la Escuela de Oficiales de Artillería que tenía su sede en Albacete²³. En dos ocasiones mis jefes me enviaron por cuestiones de servicio a la Escuela de Oficiales de Estado Mayor de Burjasot, la primera en 1937 y la otra en 1938. La primera vez no estaba el cartel, pero sí la segunda; me llamó la atención y pregunté qué significaba aquello, y uno de los profesores me informó acerca del origen de la máxima y la razón de haberse colocado el cartel. El Coronel Director de la Escuela se empeñó en que ésta tuviera su propio mote o lema. Dio la coincidencia de que por aquellos días fue a parar a Burjasot, tras haber sido evacuado de Madrid, el poeta Antonio Machado, a quien se le asignó como vivienda un *chalet*, a muy poca distancia de aquel centro de enseñanza militar. El Director recurrió al ilustre vecino. Machado compuso el lema que le habían pedido, ‘Cada caminante siga su camino’, y el Coronel mandó colocarlo en la entrada del edificio”. Allí lo encontró todavía el Fundador del Opus Dei, en junio de 1939»²⁴.

Esta declaración fue publicada en 1993. Desde entonces —al menos, que yo sepa— no se ha vuelto a publicar nada sobre este tema, del que yo tenía alguna noticia desde 1990. En ese año, terminé una larga investigación sobre la obra periodística de Antonio Machado. Fruto de los indicios antes señalados —históricos, biográficos, literarios, etc.—, y con la aparición de varias biografías sobre el Fundador del Opus Dei que abundaban en detalles sobre el cartel de Burjasot, empecé a sospechar que ese lema militar podía haber sido escrito por Machado: un poeta del que terminé interesándome hasta lo más menudo de su biografía. Conocedor oralmente de la historia relatada por Orlandis, todavía sin publicar, realicé mis pesquisas hasta dar con el protagonista del relato. Con los datos que entonces obtuve, y con los que ahora he vuelto a reunir, pude completar su escueto testimonio original²⁵.

Francisco Gómez Martínez, que tiene en la actualidad ochenta y seis años, tenía en 1939 la edad de veinticinco años. Militar de profesión, le cayó en suerte luchar en el bando republicano al poco de licenciarse como oficial. Originario de Te-

23. Según he podido contrastar con el protagonista de este relato, nunca estuvo en Albacete. Sí en Almansa y en Lorca, donde se licenció como oficial y empezó su carrera militar; pero no durante la guerra, que pasó íntegramente en Valencia y alrededores.

24. José ORLANDIS, *Años de juventud en el Opus Dei*, Rialp, Madrid 1993, pp. 43-44.

25. Cfr. entrevistas con D. Francisco Gómez Martínez, mantenidas el 19 de octubre de 1990 y el 21 y 25 de noviembre de 1999. Cfr. también su declaración testimonial (AGP, RHF, T-12942), que data del 12 de septiembre de 1989.



ruel, su destino durante los tres años de guerra civil se movió fundamentalmente en los alrededores de Valencia. Peleó en la famosa «Línea XYZ», que trataba de frenar el acceso de las tropas nacionales al mar Mediterráneo. Era, por aquel entonces, el Jefe de Artillería del 21º Cuerpo de Ejército.

Cuando, el 25 de julio de 1938, termina la contienda de Levante y los nacionales obtienen su salida al mar, el 21º Cuerpo de Ejército se disuelve y el joven oficial es enviado al Estado Mayor Central, en Valencia, donde el Teniente Coronel Matallana (que Miaja había nombrado Jefe de Estado Mayor el 16 de abril de 1938) coordinaba el Grupo de los cuatro ejércitos de la zona: Levante, Andalucía, Extremadura e Interior. Ese Estado Mayor estaba situado entonces en un cuartel a las afueras de la capital: en la carretera de Valencia a Torrente, cerca de Alacuás, en un caserón denominado estratégicamente como «Posición Pekín». Allí, Francisco Gómez se encarga del Negociado de Artillería e Ingenieros, a la vez que actúa como Ayudante de Matallana para misiones especiales: llevar documentos, servir de enlace con los distintos ejércitos, poner en comunicación a unidades dispersas, etc.

Sus actividades en este campo se multiplicaron en poco tiempo, pues el 16 de agosto de 1938 Manuel Matallana Gómez es ascendido a General. A partir de esa fecha, resultan ya frecuentes sus servicios como enlace entre distintos cuarteles y ejércitos. Y es a partir de entonces, por tanto, cuando hay que situar su primer viaje a la Escuela de Oficiales de Burjasot: aquel en que no recuerda haber visto el cartel en cuestión.

Ya en el año 1939, muy probablemente en el mes de febrero²⁶, Francisco Gómez es enviado de nuevo a Burjasot para llevar una cartera con documentos. Es en esta segunda vez cuando aprecia algo que, evidentemente, no estaba antes: un cartel de grandes dimensiones (no puede precisar si era una arpillera, un cartel impreso o incluso un típico mosaico levantino), que ocupa un lugar destacado del edificio. Tras preguntar al oficial de la Escuela que le atiende a su llegada, no tarda en hacerse con una cumplida explicación de por qué está ahí ese gran cartel. Según recuerda, ese oficial le dijo explícitamente que era de Antonio Machado, quien tenía cierta amistad con el Director de la Escuela: quedaban para tomar café, para charlar sobre diversos temas y, sobre todo, para fumar juntos. Al parecer, esa paternidad machadiana de la frase era conocida por todos los que vivían en el cuartel de Burjasot.

Esto sucedía tan solo unos meses antes —tres o cuatro— de la llegada del Fundador de la Obra a ese Colegio Mayor, en el atardecer del 5 de junio de 1939. Lo demás, aparece ya en el testimonio ofrecido por el profesor Orlandis.

Sí convendría añadir, sin embargo, un último apunte biográfico. Francisco Gómez no tuvo relación con la Obra hasta pasados muchos años. Pero en octubre de

26. El 8 de febrero el General Matallana es ascendido a Jefe del Grupo de Ejércitos de la Región Central.

1967, realizó un viaje a Pamplona con unos conocidos para asistir a la II Asamblea General de Amigos de la Universidad de Navarra; y allí conoció al Fundador del Opus Dei. Pudo escuchar la homilía que pronunció en la explanada del *campus*: «Amar al mundo apasionadamente», publicada poco después en el volumen *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer* (1968). Y se sorprendió al descubrir la fe de aquel sacerdote, que con tanta fuerza estaba hablándoles de libertad, de pluralismo, de distintas opciones en la vida espiritual; en definitiva, de que *cada uno siga su propio camino*:

«Un hombre sabedor de que el mundo —y no solo el templo— es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando —con plena libertad— sus propios criterios (...). Pero a ese cristiano jamás se le ocurre creer o decir que él baja del templo al mundo para representar a la Iglesia, y que sus soluciones son las soluciones católicas a aquellos problemas (...). Se ve claro que, en este terreno como en todos, no podríais realizar ese programa de vivir santamente la vida ordinaria, si no gozáis de toda la libertad que os reconocen —a la vez— la Iglesia y vuestra dignidad de hombres y de mujeres creados a imagen de Dios. La libertad personal es esencial en la vida cristiana»²⁷.

Algo de todo lo que oyó en esos días se quedó para siempre en el alma de Francisco Gómez, cuya existencia quedaría muy unida al espíritu del Fundador del Opus Dei a partir de aquella fecha. Por aquel entonces, todavía ignoraba que aquella frase de Machado leída en Burjasot había sido un hallazgo para Monseñor Escrivá, que vio en ella —arropada en términos poéticos— una idea importante para su predicación. Lo supo algún tiempo después, sintiendo la alegría de que treinta y ocho años antes, en los primeros meses de 1939, los dos se habían encontrado con aquel cartel de Machado —«cada caminante, siga su camino»— y los dos se habían sentido impresionados por él.

Se da además el hecho, por una de esas casualidades de la vida, de que en aquella homilía de 1967, Mons. Escrivá de Balaguer citó unos versos de D. Antonio para ilustrar un aspecto de su predicación. Animaba a sus oyentes a «poner amor en las cosas pequeñas de vuestra jornada habitual, descubriendo ese *algo divino* que en los detalles se encierra». Y concluía: «¡Qué bien cuadran aquí aquellos versos del poeta de Castilla!: *Despacito y buena letra: / el hacer las cosas bien / importa más que el hacerlas*»²⁸.

* * *

27. «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones*, n° 116-117.

28. *Ibidem*, n° 116; la cita es de A. MACHADO, *Proverbios y Cantares* (CLXI), n° XXIV, en *Nuevas Canciones*, Madrid 1930.

Para terminar este epígrafe, me veo en la obligación de responder a una pregunta más o menos latente que tal vez el lector se haya formulado, y que afecta a la recepción de la frase por parte del Beato Josemaría. Esa pregunta se articula en dos interrogantes. Primero: ¿intuía el Fundador del Opus Dei el origen machadiano de la frase? Y segundo: ¿que le llevó a citar un lema republicano, fuera cual fuera su origen?

Respecto al primero de ellos, podemos asegurar que el Beato Josemaría no sabía quién era el autor de ese lema; como tampoco lo sabían los asistentes al curso de retiro. De no ser así, resultaría extraño que no lo mencionase explícitamente en ninguno de los tres recuerdos que hemos analizado. O, al menos, que no lo indicase veladamente, con una expresión del tipo: «estas palabras de un encumbrado poeta», o algo semejante, como solía hacer en sus escritos²⁹. Más bien, lo que se deduce claramente de los testimonios citados es que lo desconocía por completo; eso, desde luego, es lo que se desprende de su afirmación: «encontré un gran letrado, escrito por alguno *no conformista*»³⁰.

Por otra parte, pienso que ahí radica su mayor mérito (al menos, desde un punto de vista literario). Para mí, resulta obvio que en este desconocimiento se manifiesta la sensibilidad poética del Fundador de la Obra: sensibilidad para saber descubrir el arte —la calidad de un cuadro, o de una determinada frase— no donde ya lo esperamos (en la sala de un museo, o en las páginas de un libro de poesía), sino allí donde nada externamente indica su valor. Y en un cartel bélico, poco arte cabía esperar.

La respuesta al segundo interrogante tiene como referente un rasgo muy propio de la personalidad del Beato Josemaría; y es su enorme apertura de mente para descubrir las cosas buenas que puede haber en personas e instituciones, incluso alejadas de Dios; en definitiva, su facilidad para descubrir una idea positiva o aceptar un buen consejo, sin prejuzgar la calidad personal de su interlocutor. Es lo que la sabiduría popular ha sintetizado en ese dicho («del enemigo, el consejo») que el propio Fundador empleó para aceptar el mensaje de Burjasot: «Quisieron quitarlo, pero yo les detuve: *dejadlo* —les dije—, *me gusta: del enemigo, el consejo*»³¹.

En este caso, los asistentes al curso de retiro, o al menos algunos de ellos pudieron ver como enemigo a un ejército que en muchos lugares había actuado contra

29. Siempre que —en sus textos u homilías— incluyó una cita poética, lo señaló explícitamente. Y, como hemos tenido ocasión de ver, cuando citó unos versos de Machado en la homilía de la Universidad de Navarra, incluyó una clara alusión identificatoria: «¡Qué bien cuadran aquí aquellos versos del poeta de Castilla!» (cfr. «Amar al mundo apasionadamente», *Conversaciones*, nº 116).

30. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta 9 de enero de 1959*, nº 35.

31. *Ibidem*.

la religión y contra la Iglesia. Y por eso querían arrancar ese lema, sin atender a su contenido: simplemente, por venir de quienes venía. Pero el Beato Josemaría supo ver más allá de la etiqueta personal³², para descubrir la hondura de ese acendrado pensamiento, independientemente de su procedencia. Y no aprobó nada de la furia anticatólica —y todo, en cambio, de la sabiduría del lema— cuando detuvo a los que querían arrancar ese cartel, sin haberlo leído apenas.

No sería ésta una ocasión aislada en su vida. Muchas otras anécdotas podrían citarse también para mostrar esa apertura a lo positivo de otras personas o formas de entender la vida, por alejadas de Dios que estuvieran. Entre todas ellas, tal vez la más significativa para nuestro trabajo —por su enorme semejanza con el suceso de Burjasot— sería aquel pasaje que relata Vázquez de Prada:

«Un día de octubre de 1963 vio pegado a un muro de Roma un cartel de propaganda del partido comunista. Decía: —*Rinnova la tua tessera e porta un altro compagno* (Renueva tu carnet y tráete a otro compañero). E inmediatamente lo llevaría a examen. Era una llamada de renovación interior; un acicate para el apostolado»³³.

El aforismo y la experiencia poética en la predicación del Beato Josemaría

En este epígrafe quisiera dedicar unos párrafos a la importancia que el Fundador de la Obra concedió siempre a la expresión poética y al aforismo lírico; y, por tanto, el atractivo que supo apreciar tanto en el ropaje externo de ese lema como en su acertado contenido didáctico. Estudiaremos este punto en su experiencia vital y en su predicación.

Monseñor Escrivá de Balaguer manifestó desde muy niño amplias cualidades para la literatura y la poesía. Ya en el bachillerato destacó en las asignaturas de Literatura, en las que siempre obtuvo sobresaliente. En *Preceptiva y Composición*, en 4º Curso, mereció incluso la Matrícula de Honor³⁴.

Pero no fue sólo el gusto pasajero por una asignatura concreta, o una facilidad innata para asimilar una determinada materia. El Beato Josemaría llegó a desarrollar una verdadera afición por la lectura, que excedía a las obras literarias obligatorias en la educación primaria y secundaria. Vázquez de Prada, que es, con mucho, el biógrafo que más se ha ocupado de su formación cultural y su estilo lite-

32. De hecho, en otros momentos de su vida citó expresamente a Machado.

33. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, p. 420. Cfr.: *Artículos del Postulador*, nº 273.

34. Cfr. J. TOLDRÁ, *Los estudios de Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1920)*, «Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer» I (1997) 5-72. Puede verse también en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, 1997, tomo I, Anexo VIII, pp. 608-609.



rio, ha estudiado detalladamente las abundantes citas de obras clásicas en sus escritos de espiritualidad. Y concluye:

«Fue un gran lector de la buena literatura. Los clásicos castellanos dejaron en su estilo marcada impronta (...). A Cervantes —en su Quijote o en las Novelas ejemplares— se refiere muchas veces, de pluma o de palabra. Quevedo fue otra de sus fuentes de lenguaje castizo. De Lope de Vega o Calderón era capaz de recitar de memoria largos versos»³⁵.

Esta pasión por la *buena literatura* se verifica, sobre todo, en su especial conocimiento de la poesía castellana. Muchas veces, sin una tarea previa de búsqueda literaria, es capaz de citar versos y poemas en su predicación o sus escritos. Y es evidente que el recuerdo surge espontáneamente porque las más de las veces se dan en una tertulia, como respuesta a una pregunta que alguien ha formulado a bocajarro. Es el caso, por ejemplo, de una referencia espontánea a Bécquer que el Fundador hilvana durante una reunión con cientos de personas. Alguien le ha demandado una reflexión sobre la muerte; y, tras una breve consideración, añade, extrayéndolo directamente de su memoria: «Al brillar un relámpago nacemos / y aún dura su fulgor cuando morimos; / ¡tan corto es el vivir!»³⁶. Y es el caso, también, de otra referencia poética en una reunión semejante; allí, en medio de su improvisada charla, se arranca con una referencia al sufrimiento en el amor y termina por citar unos versos, de cuya calidad literaria no responde: «Mi vida es toda de amor. / Y si en amor estoy ducho / es por fuerza del dolor; / pues no hay amante mejor / que aquel que ha llorado mucho»³⁷.

Eso sí, su afición por la poesía es siempre instrumental: porque las referencias literarias nunca son superfluas, añadidas al discurso para agrado del auditorio; sólo tienen valor para él cuando ilustran o aclaran los conceptos de su pensamiento. Es decir, no pone los textos a su servicio (para lucimiento personal), sino que los pone al servicio de los demás; y, sobre todo, los emplea cuando facilitan la comprensión de alguna idea espiritual: «Si tenía que citar ejemplos literarios, únicamente sacaba a relucir los relacionadas con motivos espirituales (...). Así los cantos de segadores, el Mío Cid, Berceo, las Cantigas; o versos de Santa Teresa o estrofas de San Juan de la Cruz»³⁸.

Precisamente a partir de las Cantigas compuso el Fundador de la Obra una de sus consideraciones sobre la Eucaristía que más se han difundido en todo el mundo y más han ayudado a entender el amor de Cristo por nosotros; con certeza podemos

35. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, pp. 441-442.

36. Tertulia, Villa Sachetti (Roma), 13.IV.1974.

37. Tertulia, Teatro San Martín (Buenos Aires), 15.VI.1974.

38. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, p. 442.

decir que se trata de un pasaje enormemente familiar para quien conozca mínimamente su predicación y sus escritos. Surgió de lo más hondo de su alma mientras hacía su oración en voz alta, durante el Jueves Santo de 1970:

«Desde chico, Señor, desde la primera vez que yo pude hojear esa poesía gallega de Alfonso el Sabio, me ha conmovido el recuerdo de alguna de sus estrofas. Me removía con esas cantigas, como la de aquel monje que pidió en su simplicidad a Santa María contemplar el cielo. Se marchó al cielo en su oración —esto lo entendemos todos nosotros, lo entienden todos mis hijos, todos, porque todos somos almas contemplativas—, y cuando volvió de su oración no reconocía a ningún monje del monasterio ¡Habían pasado tres siglos! Ahora lo entiendo también de una manera particular, cuando considero que Tú te has quedado en el Sagrario desde hace dos mil años para que yo te pueda adorar y amar, y poseer...»³⁹.

Sin embargo, la afinidad con la expresión poética no es solamente fruto de una mera afición: no sólo, aunque mucho sea, de su vasta cultura literaria, o de su especial sensibilidad para apreciar el lenguaje poético. Además de gustarlo, Monseñor Escrivá de Balaguer lo practica y lo cultiva con esmero; porque, sin duda alguna, la pluma del Beato Josemaría es de una altura poética incontestable⁴⁰.

Su lenguaje es claro, sencillo, directo; y, a la vez, lleno de una desbordante riqueza expresiva. No hay apenas cultismos; y, desde luego, carece de todo rebuscamiento formal o de cualquier ornato superfluo; pero sus frases son siempre fuertes, sonoras, apelativas; incitadoras al propósito o a la reflexión personal. Lo señalaba ya Monseñor Alvaro del Portillo, a propósito de las notas definitorias de *Es Cristo que pasa*, su primer volumen de homilías: «La tercera característica es de estilo (...). No es posible silenciar este lenguaje directo, sencillo, de una amenidad inconfundible. Se nota siempre una delicada atención a la corrección gramatical y literaria, pero el autor no supedita el contenido a la forma. La fuerza y el nervio de lo que dice dan lugar a un estilo sereno y claro, sin recurrir a efectos fácilmente emotivos. Tampoco intenta deslumbrar; quiere sólo ser el vehículo imprescindible, para que cada alma se coloque cara a Dios y saque consecuencias y propósitos concretos para su vida diaria»⁴¹.

Junto a esa sencillez formal, se descubre un vocabulario muy rico, con expresiones castellanas vigorosas, de gran sonoridad: *andrajo*, *zozobra*, *reciedumbre*, *brío*.

39. AGP, P01 1970; recogido en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, tomo I, 1997, p. 86.

40. La calidad de su prosa ha sido ya reseñada en otro lugar: cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *Semblanza y estilo*, en *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, pp. 405-444. Por tanto, aquí me limitaré, tan solo, a subrayar brevemente algunos de los rasgos poéticos que más sobresalen en sus escritos. Del libro de Vázquez de Prada, no obstante, tomaré algunos ejemplos para el desarrollo de este epígrafe.

41. Mons. Alvaro DEL PORTILLO, «Presentación» a *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 1973, 7ª ed., p. 12.



A veces, descubre los matices diversos de una aparente sinonimia (*afrenta y contumelia, abominar y aborrecer*) o distingue entre términos que el vulgo ha dado en catalogar de equivalentes: «A pesar de nuestras caídas, nuestras flaquezas, nuestros errores: no son sinónimas estas palabras». Otras, le vemos recrearse en términos pintorescos, que dan color y vitalidad a sus escritos: *floripondio, cascabeleo, tiquismiquis, chisgarabís*. Y en otras, aflora un novedoso caudal de invenciones expresivas: *endiosamiento* bueno y malo, *entrañas de misericordia, vibración de eternidad*.

Es esta faceta creativa la que más puede sorprender al lector. La novedad de su mensaje y la necesidad de abrir nuevos caminos en la vida ascética parecen haberle impulsado a forjar un lenguaje también nuevo. De ahí los neologismos de feliz expresividad (*acostumbramiento, bondadosidad, facilonería*) y, sobre todo, la amplia utilización de la adjetivación paradójica: «santa desvergüenza», «picardía sobrenatural», «nariz católica».

Con todo, lo que más le acerca al lenguaje poético es su innato sentido para la cadencia y la sonoridad. Como señala Vázquez de Prada, en su predicación supo sacar partido a los fonemas: paladeando los adjetivos de muchas sílabas (espléndido, maravilloso, estupendo, magnífico), que coincidían en proclamar un contenido alegre; o enfatizando el desagrado de ciertos vocablos con la abrupta sonoridad de la erre inicial: repugnante, rencor, roña, rabia.

«Este hábito se prolongaba en una secreta propensión a las aliteraciones, por primacía evidente del sonido. Combinados con el juego de palabras, le salían insospechados logros de humor, agudeza o patetismo. Ya por simple atracción de significado, ya por forzado desdoblamiento; como: “murmuraciones y maledicencias”; “sin trapos, sin tapujos”. En otros casos resaltaba más el gracejo desprendido de la imagen: “rabo sin perro”; o la similitud fonética: “no confundir la jícara con la jácara”; o la redoblada reduplicación: “todos los errores y todos los horrores”; o, en fin, la similitud en cascada: “ni los votos, ni las botas, ni los botines, ni los botones”»⁴².

En esta referencia a las aliteraciones, Vázquez de Prada se ha adentrado también en el terreno de las imágenes poéticas empleadas por Josemaría Escrivá: vergel de inusitada exuberancia que resulta imposible condensar aquí. En sus escritos, abundan las imágenes conceptuales («el sagrario ha de ser un imán»), las expresivas («Cristo, hecho un guiñapo») y las decididamente conmovedoras («¡Qué paladar más reseco, pastoso y agrietado!»). Y es que cualquier pasaje suyo rezuma comparaciones, aliteraciones, metáforas; ironías suaves o aparentes contradicciones: «Aquellos cuadros de Valdés Leal, con tanta *carroña distinguida* —obispos, calatravos— en *viva podredumbre*, me parece imposible que no te muevan»⁴³.

42. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, p. 415.

43. *Camino*, nº 742. El subrayado es mío.

Rasgos literarios, rasgos poéticos que, las más de las veces —y esto es lo definitivo—, utiliza el Fundador en el lenguaje hablado⁴⁴: en la meditación personal, en la homilía o en la conversación multitudinaria; sin búsqueda previa, como fruto de una sorprendente intuición poética para dar con la forma exacta y precisa. Rasgos, por último, que evidencian una especial sintonía con la frase poética y sugerente, allá donde surge; y que permiten comprender mejor por qué el Fundador de la Obra se quedó prendado de una frase —«Cada caminante, siga su camino»— que supuestamente era tan solo un eslogan bélico y resultaron ser dos versos de gran calado.

Pero, para culminar acabadamente este análisis de su talante poético, sería necesario también hacer una somera referencia al gusto de Monseñor Escrivá por el aforismo, por la frase sentenciosa y el refrán. Es este un punto muy interesante, que arroja, además, nuevas luces sobre esa experiencia lírica que venimos comentando, y que explica su inmediata afinidad con esa máxima hallada en Burjasot.

Los aforismos constituyen, desde luego, el pan de cada día en la prosa de Monseñor Escrivá. De ahí, por ejemplo, su afirmación definitoria: «Soy un fundador sin fundamento», que proclama el carácter sobrenatural del Opus Dei (Dios es el verdadero «fundador» y el constante sustento de esa Obra divina) a través de un juego de palabras: *fundador-fundamento*. Y, como ésta, tantas otras expresiones que condensan en pocas palabras aspectos esenciales del espíritu de la Obra: «debemos tener alma sacerdotal y mentalidad laical», «lo nuestro es la piedad de niños y la doctrina de teólogos». Gracias a esa facilidad suya para perfilar lemas didácticos, el Beato Josemaría consigue transmitir pensamientos de la más elevada doctrina ascética mediante aforismos breves, sintéticos, fáciles de memorizar. Con ello se ahorra largas explicaciones; y, sobre todo, hace fácilmente asequible para todos la asimilación de un pensamiento tal vez muy complejo.

Esa tendencia al aforismo didáctico casa perfectamente con su carácter enérgico y su afición al lenguaje directo. De hecho, a la hora de definir una idea ascética, parecen bastarle dos rápidos brochazos: «humildad de garabato», «salvajemente sinceros», «apóstoles de pata libre», etc. Y, en consecuencia, las principales definiciones de su doctrina espiritual llegarán casi siempre por vía del aforismo. Por

44. Sobre este punto, ha escrito un conocido crítico literario chileno: «Son contados los escritores que “escriben como hablan” —con viveza coloquial—, y contados son también los expositores que “hablan como escriben”: con rigor a la vez sintáctico e intelectual. Pues bien, debo confesar que no conozco escritor o expositor alguno que cumpliera ambas proezas verbales a la vez con la propiedad de nuestro autor (Josemaría Escrivá) en sus dos lenguajes, identificados en uno solo: de extremo rigor intelectual, como la escritura, y de espontánea viveza, como el habla. Escribió como hablaba, y habló como escribía»: Cfr.: Ignacio VALENTE (pseud. de José Miguel Ibáñez Langlois), *Monseñor Escrivá como escritor*, «El Mercurio» (Santiago de Chile, 17 de mayo de 1992).

ejemplo, su conocida frase: «Santificar el trabajo, santificarnos con el trabajo, santificar a los demás con el trabajo» resume con eficacia todo el espíritu de la Obra, a la vez que marca un programa de vida fácil de recordar; porque esa idea, de feliz expresión poética —un juego de palabras en cascada— llega al lector con toda la fuerza y la simplicidad de un acertado aforismo.

Así se entiende mejor lo que de él afirma un biógrafo suyo: «Entre sus gustos literarios hay un dato curioso, por el paralelismo con su afición a las artes menores. Era su tendencia a lo popular: a los romances, refranes, villancicos, fábulas, letrillas, dichos del vulgo, anécdotas históricas, canciones de la calle, jotas del pueblo...»⁴⁵.

En efecto. Muchas de las consideraciones espirituales que vertebran *Camino*, *Surco* y *Forja* son puntos muy breves; frases redondas y apremiantes. Algunas de ellas, son propiamente una máxima: «Acostúmbrate a decir que no». Otras, una pregunta hiriente: «¿Tú... soberbia? —¿De qué?». Y otras, una paradoja llena de hondo sentido espiritual: «Paradoja: Es más asequible ser santo que sabio, pero es más fácil ser sabio que santo»⁴⁶.

Con todo esto, es fácil reconocer el potencial atractivo de aquellos versos de Burjasot en el alma poética del Beato Josemaría. Su gusto por la sencillez formal y el dicho popular entroncaban fácilmente con la vena folclorista del poeta de Castilla, de cuya sección «Proverbios y Cantares» extrajo el Fundador de la Obra —como vimos— la copla literaria que citó en su homilía más multitudinaria: «*Despacito y buena letra: / el hacer las cosas bien / importa más que el hacerlas*»⁴⁷.

No en vano, afirma Vázquez de Prada: «De mencionar algunos nombres predilectos de Mons. Escrivá de Balaguer, entre los prosistas habría que señalar a Cervantes, y, entre los poetas modernos, es posible que a Machado»⁴⁸.

* * *

Llegados a este punto, podemos decir que hemos avanzado bastante en el conocimiento de esa frase que da título al presente trabajo. Vimos, en un principio, los aspectos históricos y literarios que avalan la paternidad machadiana sobre el lema; después, el testimonio irrefutable de un protagonista de excepción; y, por último, la sensibilidad de Monseñor Escrivá de Balaguer hacia el lenguaje poético y la sentencia aforística. Tenemos ya casi todo el marco de referencias para adentrarnos con seguridad en el punto más importante: el significado espiritual que dio a esa frase el Fundador de la Obra. Pero, antes, debemos realizar —siquiera brevemente—

45. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, p. 442.

46. *Camino*, nº 5, nº 600 y nº 282.

47. Homilía «Amar al mundo apasionadamente», *Conversaciones*, nº 116.

48. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, p. 442.

te — un mínimo recorrido histórico por los escritos del Beato Josemaría anteriores a 1939. Nos interesa descubrir —si es que los hay— los precedentes de ese lema poético, y la importancia que el tema del *camino* poseía ya antes del encuentro de Burjasot; y comprender así lo que este verso de Machado —por vía del recuerdo— supuso de *confirmación* de su pensamiento, en un punto que venía madurando desde tiempo atrás.

El tema del «camino» en los escritos del Fundador de la Obra (1931-1939)

No es ocioso incluir aquí un breve apunte sobre el tema del *camino* en los primeros escritos del Beato Josemaría. Porque ese término tiene una especial resonancia en los comienzos de la Obra. Piénsese, por ejemplo, que el libro más conocido y difundido del Fundador —se han vendido más de 4 millones de ejemplares en 39 idiomas diferentes— se titula precisamente así: *Camino*. Libro que había sido terminado semanas antes de su llegada a Burjasot, que estaba a punto de ser distribuido desde la ciudad del Turia⁴⁹, y que era el primer libro donde Monseñor Escrivá iba a plasmar en breves puntos el espíritu del Opus Dei. Además, *camino* era un término muy significativo para el Beato Josemaría; porque, sabiendo que Dios le pedía que abriera nuevos itinerarios espirituales, deseaba que las palabras referidas al fenómeno vocacional reflejaran esa realidad. Si en 1930 escribía: «Querría encontrar una palabra castellana, distinta de *vocación*, que viniera a encerrar un significado semejante. ¿Habría que denominarlo llamamiento?»⁵⁰, podemos suponer que la palabra *camino*, muchas veces empleada por él, pueda darnos la clave de esta búsqueda terminológica⁵¹.

Antes de empezar, una doble apreciación. La primera, de fecha histórica: hemos escogido como momento inicial el de 1930 por una necesaria limitación del corpus textual: hemos tenido en cuenta solamente pasajes publicados; por tanto, los escritos que vamos a repasar en este epígrafe son estos cuatro: *Apuntes íntimos* (1930-35)⁵²; *Instrucción sobre el espíritu sobrenatural de la Obra* (1934), *Santo Rosario* (1934) y *Camino* (1939).

49. El volumen estaba en la imprenta desde el 6 de junio de 1939, pero no se acabó de imprimir hasta el 29 de septiembre (Cfr.: Josep Ignasi SARANYANA, *Cincuenta años de historia*, en AA.VV., *Estudios sobre «Camino»*, Rialp, Madrid 1988).

50. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1997, p. 346.

51. En una meditación pronunciada en 1970, decía a sus hijos: «Reemprended el camino. Soy muy amigo de la palabra camino, porque todos somos caminantes de cara a Dios» (Homilía «Ahora que comienza el año», 31.XII.1970).

52. Acudimos a ellos partiendo del volumen que más ampliamente los ha citado: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, tomo I, 1997.

Como es sabido, *Apuntes íntimos* (o también *Catalinas*: por devoción a Santa Catalina de Siena) es el nombre con que el Beato Josemaría bautizó a un conjunto de escritos breves que anotaba en un cuaderno. Eran escritos de carácter íntimo, pensamientos que surgían de su diálogo constante con el Señor; se conservan las anotaciones posteriores a febrero o marzo de 1930⁵³. Desde esa fecha, el biógrafo en que nos basamos recoge 20 menciones del término *camino*, y 18 de ellas se refieren inequívocamente al concepto de vocación. Por otro lado, el rasgo más característico en todas esas citas es su común referencia a la «pluralidad»: la palabra aparece casi siempre en plural —*caminos*— y sugiriendo que no hay un solo modo de llegar a Dios, sino que hay muchos. Así, por ejemplo: «Jesús mío, llévame por *caminos* de Amor»; o también: «Jesús no me quiere sabio de ciencia humana. Me quiere santo. Santo y con corazón de padre. Oración, me pide. Me lleva por *caminos* de Amor»⁵⁴.

El otro rasgo que podemos sacar de la palabra camino en estos *Apuntes íntimos* es la profunda correlación entre el caminar cristiano y la libertad. Sobre este punto, tal vez lo más esclarecedor sea esta importante anotación fechada el 2 de enero de 1932 y referida al camino de infancia espiritual:

«Cuando digo en estas *Catalinas* que el Señor desea para los socios el conocimiento y práctica de la vida de infancia espiritual, no es mi intención *uniformar* las almas de los “hombres de Dios”. Por el contrario (...), lo que veo es: 1º hay que dar a conocer a todos y cada uno de los socios la vida de infancia espiritual: 2º nunca se forzará a ningún socio a seguir este *camino*, ni ninguna otra vía espiritual determinada»⁵⁵.

Este es un primer e interesantísimo precedente del lema de Burjasot. Que «cada caminante, siga su camino» implica la libertad espiritual para seguir el propio camino; y, por tanto, aun dentro de la Obra, no verse obligado a seguir caminos ajenos. Por eso escribirá años más tarde: «Es cierto que llevamos un camino común, porque única es —os lo diré de nuevo— la vocación que todos hemos recibido al Opus Dei. Pero se puede andar por el camino de muchas maneras. Se puede andar por la derecha, por la izquierda, en zig-zag, caminando con los pies, a caballo. Hay cien mil maneras de ir por el camino divino»⁵⁶.

Esta referencia a la libertad espiritual de cada uno, y este precedente del lema de Burjasot, encuentran un paralelismo mucho más pleno en un pasaje de la *Instrucción sobre el espíritu sobrenatural de la Obra*, que el Fundador escribió el 19 de

53. Cfr. *ibidem*, pp. 337-351.

54. *Apuntes*, n° 357 y n° 385: de octubre y noviembre de 1931, respectivamente. El subrayado es mío.

55. *Ibidem*, n° 535. Sólo el último subrayado es mío.

56. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta del 2 de febrero de 1945*, n° 18-19. El subrayado es mío.

marzo de 1934. Allí hace ver a sus hijos que el designio apostólico que están realizando no es una empresa humana, «sino una gran *empresa sobrenatural*»; y que «la Obra de Dios no la ha imaginado un hombre, para resolver la situación lamentable de la Iglesia en España desde 1931»⁵⁷. Una vez sentado el origen divino del Opus Dei, y para subrayar que no ha nacido la Obra para un período temporal concreto (sino que ha de durar «mientras haya hombres sobre la tierra»), imagina un supuesto: que, tras la persecución religiosa desencadenada en España en 1931, hubieran surgido algunas organizaciones eclesásticas cuyos fines se parecieran externamente a los del Opus Dei:

«Supongamos que, entre las organizaciones que venimos hablando, hubiera una que se pareciera exteriormente a la Obra que Dios nos pide (...). *Que sigan su camino*: nosotros, a seguir el nuestro»⁵⁸.

Libertad, magnanimidad; amplitud de miras para no apagar ninguna vela que se encienda en honor a Cristo. Ideas de elevada generosidad. E ideas, como vemos, plasmadas en una expresión casi idéntica a la hallada en el lema de Burjasot: «cada caminante, siga su camino». Con esto, algo podemos intuir de lo que pasó por el alma del Fundador cuando vio un pensamiento tan suyo reflejado en ese cartel. Algo ciertamente hondo, que seguiría recordando en posteriores trabajos y entrevistas. Sirvan, como botón de muestra, algunas citas del libro *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, que se editó casi treinta años después de este suceso:

«Los socios del Opus Dei se han unido sólo para *seguir un camino* de santidad, bien definido (...). Sus compromisos recíprocos excluyen cualquier tipo de interés terreno, por el simple hecho de que en este campo todos los socios son libres, y por tanto *cada uno va por su propio camino*».

«Ni yo, ni ninguno de los miembros del Opus Dei, pretendemos que todo el mundo nos comprenda o que comparta nuestros ideales espirituales. Soy muy amigo de la libertad y de *que cada uno siga su camino*»⁵⁹.

En el mismo año en que escribe la citada *Instrucción*, 1934, el Beato Josemaría publica *Santo Rosario*. Se trata de una profunda meditación de los quince misterios de esta devoción mariana, que el Fundador escribió de un tirón: después de celebrar la santa Misa, en un banco de la iglesia de Santa Isabel, en Madrid. En ese librito, la palabra *camino* aparece seis veces: cinco de ellas en relación directa con el término vocación cristiana. Son consideraciones que revelan una gran finura de

57. *Instrucción 19-III-1934*, nº 1 y nº 6.

58. *Ibidem*, nº 11 y nº 13. El subrayado es mío.

59. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, nº 67 y nº 30. Los subrayados son míos.



alma, y que enlazan perfectamente la escena de la Pasión con la vida espiritual del lector; esto se ve, por ejemplo, en el cuarto misterio doloroso (Jesús con la cruz a cuestas): «Y de seguro, como Él, encontrarás a María en el *camino*»⁶⁰.

Con todo, donde más claramente se aprecia el sentido que el Beato Josemaría daba a ese término es en la «Introducción», que desarrolla dos aspectos —infancia espiritual y filiación divina— directamente relacionados con el espíritu de la Obra y con la situación de su alma en ese momento:

«No se escriben estas líneas para mujercillas. Se escriben para hombres muy barbados y muy... hombres, que alguna vez, sin duda, alzaron su corazón a Dios gritándole con el Salmista: (...) “Dame a conocer el *camino* que he de seguir, porque a ti he levantado mi alma”.

He de contar a esos hombres un secreto que puede muy bien ser el comienzo de ese *camino* por donde Cristo quiere que anden. Amigo mío: si tienes deseos de ser grande, hazte pequeño»⁶¹.

En este pasaje hay varios elementos imbricados en torno a la noción de camino. En primer lugar, que el camino es una *luz sobrenatural*: implica una iniciativa divina, una llamada de Dios; y para ver esa luz con claridad, muchas veces hay que pedir previamente esa luz al propio Dios. En segundo lugar, está la idea de que el camino es *personal*; o, dicho de otro modo, que realmente hay muchos caminos. Y, en tercer lugar, está la ya mencionada referencia a la infancia espiritual; en *Santo Rosario* la palabra camino se asocia no pocas veces a esta particular forma de acercarse a Dios: el «camino de infancia». De hecho, el pasaje de *Santo Rosario* continúa: «Ser pequeño exige creer como creen los niños, amar como aman los niños, abandonarse como se abandonan los niños». Y es desde ese amor y abandono de la infancia (el amor de un niño hacia su Madre), de donde surge el *camino* seguro para llegar a Jesús:

«...rezar como rezan los niños.

Y todo esto es preciso para llevar a la práctica lo que voy a descubrirete en estas líneas:

El principio del camino, que tiene por final la completa locura por Jesús, es un confiado amor hacia María Santísima»⁶².

Por último, en 1939 aparece el libro *Camino*, que había conocido algunas versiones anteriores. Como señala Monseñor Alvaro del Portillo: «*Camino* salió a la

60. *Santo Rosario* (1ª ed.: 1934), 4º Misterio doloroso. El subrayado es mío.

61. *Ibidem*, Introducción. El subrayado es mío.

62. *Ibidem*. El subrayado, en el original.

luz en 1934 bajo el título de *Consideraciones espirituales*. Fue editado en una modesta imprenta de Cuenca (...). Pero *Consideraciones espirituales* no era, a su vez, sino la edición impresa de unas hojas que había tirado a multicopista —a “velógrafo”, se decía entonces— en 1932 para uso de las personas que trataba más directamente en su apostolado»⁶³.

En este libro, la presencia del término «camino» es mucho mayor (comenzando por el título). Aparece 49 veces, y prácticamente siempre referido a la llamada de Dios o al encuentro personal con Él. Hay muchos puntos interesantes, que podrían comentarse aquí. Pero, como en *Santo Rosario*, voy a centrarme en los textos iniciales, porque las referencias más significativas a ese término aparecen sobre todo en el comienzo. En un breve texto titulado «Al lector» —tan sólo siete frases—, el Fundador de la Obra alude directamente al encuentro con Cristo y sugiere esa ya comentada pluralidad de caminos: «No te contaré nada nuevo. Voy a remover en tus recuerdos, para que se alce algún pensamiento que te hiera: y así mejores tu vida y te metas por *caminos* de oración y de Amor»⁶⁴.

A ese apunte fugaz, hay que unir otros dos pasajes iniciales. La nota a la tercera edición («Ojalá, lector amigo, te sirva su lectura constante para enderezar y afianzar tu *camino*») y el primer punto con que se inicia el volumen: «Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio. Y enciende todos los *caminos* de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón»⁶⁵.

«Todos los caminos de la tierra». He aquí una frase que va a ser el verdadero *leit motiv* de toda su predicación. Como dirá cientos, miles de veces, «se han abierto los *caminos* divinos de la tierra». Todos podemos ser santos; todos podemos encontrar el camino para llegar a Dios (el nuestro: *cada uno que siga su camino*) toda vez que Cristo se ha encarnado, ha vivido entre nosotros y ha redimido todas las realidades humanas; de hecho, su predicación será que cada cristiano ha de ser —y es— «Cristo que pasa» entre los hombres. Cristo andando por el *camino* de la vida ordinaria.

Otros puntos, además de éste, revelan también aspectos importantes de este término. Así, el punto 903 —todo un estímulo a la generosidad y a la decisión sobrenatural de entrega— lleva implícita la afirmación de que hay muchos caminos en la vida espiritual: «Si ves claramente *tu camino*, síguelo. —¿Cómo no desechas la cobardía que te detiene?». Es, otra vez, que cada caminante *siga su camino*. Y, mu-

63. Mons. Alvaro DEL PORTILLO, *Significado teológico-espiritual de «Camino»*, en AA.VV., *Estudios sobre «Camino»*..., p. 46.

64. «Al lector», *Camino*, 1939, p. 7. El subrayado es mío.

65. *Camino*, «Nota a la Tercera Edición» (14.IX.1945) y nº 1. El subrayado es mío.



cho más claramente aún, el punto 964: «Me decías, con desconsuelo: ¡hay muchos caminos! —Debe haberlos: para que todas las almas *puedan encontrar el suyo*, en esa variedad admirable»⁶⁶.

La libertad de cada alma en su propio camino espiritual era, como ya vimos, un punto absolutamente incuestionable para el Fundador del Opus Dei: algo sagrado que debía plasmarse tanto en la predicación como en la dirección espiritual. Es el mismo deseo de no encorsetar a nadie que ya veíamos reflejado en aquel pasaje de *Apuntes íntimos* de enero de 1932, referido, como ya dijimos, al camino de infancia espiritual: «Nunca se forzará a ningún socio a *seguir este camino*, ni ninguna otra vía espiritual determinada»⁶⁷.

Otros muchos puntos de *Camino* podrían mencionarse, pero no es el afán de exhaustividad lo que alienta estas páginas. Pensamos que, con lo dicho, ya han sido puestas sobre la mesa las distintas piezas que aspiramos a ensamblar aquí. En las líneas que siguen, intentaremos una breve síntesis final acerca del sentido de ese lema machadiano en el pensamiento del Fundador del Opus Dei.

El significado espiritual de «Cada caminante, siga su camino»

Vaya por delante que la aproximación al sentido espiritual de esta frase en la vida del Beato Josemaría es algo que excede con mucho la amplitud de este artículo. Un estudio completo requeriría, cuando menos, un trabajo más amplio para poder explicitar todo su sentido. Por tanto, aquí nos limitaremos a subrayar tan solo tres o cuatro líneas de fuerza que están íntimamente implicadas en el uso que de esa expresión hizo el Fundador del Opus Dei. Esas líneas de fuerza son: la libertad, la fidelidad, la novedad y la universalidad.

Pero, antes, será conveniente escuchar cuál es la interpretación que han dado a ese pasaje los biógrafos del Fundador de la Obra. La única nota común a esos comentarios es la brevedad. Quizás por temor a aventurar hipótesis sin excesivo fundamento, o quizás por respeto a un pasaje tan íntimo, lo cierto es que nadie se atreve a dibujar más que un posible indicio del sentido implícito en esas palabras. Ahora bien; también es cierto que ninguno de ellos ha renunciado a una interpretación.

En sus *Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Salvador Bernal narra escuetamente el episodio de Burjasot; y comenta, acerca de la frase: «venía a ser todo un lema del espíritu abierto que caracterizaba a su acción apostólica»⁶⁸.

66. *Ibidem*, n° 964. Los subrayados son míos.

67. *Apuntes íntimos*, n° 535. El subrayado es mío.

68. S. BERNAL, *Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei...*, p. 204.

Años más tarde, Vázquez de Prada retomaría la anécdota sin precisar claramente el sentido de esas palabras; tan solo indicaría que fueron importantes en su vida: que «el Fundador tomaría ocasión del consejo para aplicarlo a la vida interior»⁶⁹. Después, Ana Sastre relataría con amplitud todo lo acontecido en aquel curso de retiro; y como pauta para entender el sentido de esa frase, alude a otro texto del Fundador —centrado en la libertad— que ya hemos citado: «Se puede andar por *el camino* de muchas maneras. Se puede andar por la derecha, por la izquierda, en zig-zag, caminando con los pies, a caballo. Hay cien mil maneras de ir por el camino divino»⁷⁰. Finalmente, José Orlandis ha sido el último en referirse al pasaje de Burjasot. Después de relatar el encuentro del Fundador con ese cartel, señala: «Aquella máxima le pareció apropiada para expresar un rasgo muy característico del espíritu de la Obra: el del carácter universal de la vocación cristiana a la santidad, esto es, la llamada al seguimiento de Jesucristo dirigida a todos, a cada uno en el lugar que ocupa en el mundo, en la propia profesión u oficio, sin salirse de su sitio»⁷¹.

Espíritu abierto, andar el mismo camino de forma diversa, carácter universal de la vocación cristiana. Como podemos ver, los biógrafos han apuntado dos significados espirituales que ya antes hemos señalado: la libertad y la universalidad del camino. En los párrafos siguientes intentaré desarrollar esas dos ideas e igualmente otras dos más que parecen también estar implícitas en ese lema: la novedad y la fidelidad.

De estos cuatro significados, el primero y más claro es, sin duda, el de la libertad. Y aquí no cabe discusión posible, porque el propio Fundador de la Obra nos ofreció esa clave de interpretación en la ya citada Carta del 9 de enero de 1959. Después de relatar el suceso —fragmento que hemos reproducido en las páginas iniciales—, el Beato Josemaría prosigue:

«Quisieron quitarlo, pero yo les detuve: *dejadlo* —les dije—, *me gusta: “del enemigo, el consejo”*. Especialmente desde entonces, esas palabras me han servido muchas veces de motivo de predicación.

Libertad: cada caminante siga su camino. Es absurdo e injusto tratar de imponer a todos los hombres un único criterio, en materias en las que la doctrina de Cristo no señala límites»⁷².

Esta afirmación enlaza con el pasaje antes mencionado de *Conversaciones*: «en este campo (se refiere a las materias económicas o políticas) todos los socios

69. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, p. 202.

70. A. SASTRE, *Tiempo de caminar...*, p. 252. La cita: JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta del 2 de febrero de 1945*, nº 19. El subrayado es mío.

71. JOSÉ ORLANDIS, *Años de juventud en el Opus Dei...*, p. 43.

72. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta 9 de enero de 1959*, nº 35.



son libres, y por tanto *cada uno va por su propio camino*»⁷³. Y también con otros muchos de ese mismo volumen: «Movidos por la doctrina de Cristo, sus miembros defienden siempre la libertad personal, y el derecho que todos los hombres tienen a vivir y a trabajar (...). Pero la Obra no les propone ningún *camino* concreto, ni económico, ni político, ni cultural»⁷⁴.

Libertad, por tanto, en las materias opinables. Pero libertad también en el camino espiritual. El lema de Burjasot admite esa doble interpretación y, de alguna forma, la exige. Es la otra cara de la moneda que también defendió, con uñas y dientes, el Fundador:

«A los sacerdotes se nos pide la humildad de aprender a no estar de moda, de ser realmente siervos de los siervos de Dios (...). Esta nueva pastoral es muy exigente, pero, a mi juicio, absolutamente necesaria. Requiere el don sobrenatural de discernimiento de espíritus (...). En una palabra: el amor a la legítima libertad de los hijos de Dios, que encuentran a Cristo, *recorriendo caminos entre sí diversos, pero todos igualmente divinos*»⁷⁵.

El segundo significado del lema tiene que ver con la fidelidad. Que «cada caminante, siga *su* camino» implica que cada uno debe ser fiel a la propia llamada, al propio carisma: a *su* camino. Es una idea nuclear del Beato Josemaría, que aletea en bastantes puntos de *Camino*: «Si ves claramente *tu camino*, síguelo. —¿Cómo no desechas la cobardía que te detiene?». «Y pensar que por una satisfacción de un momento, que dejó en ti posos de hiel y acíbar, me has perdido “*el camino*”»⁷⁶.

Pero la infidelidad al propio camino reviste muchas otras formas además de la falta de decisión —o de entrega—; es decir, del abandono por motivos egoístas del camino al que uno está llamado. Está también la infidelidad provocada por la añoranza de otros caminos o por su imitación indebida. Lo que en el caso de los laicos o cristianos corrientes —a los que el Beato Josemaría se dirigió de manera especial— podría manifestarse en actitudes de separación de las realidades terrenas, buscando a Dios sólo en las plegarias y oraciones, y olvidando que es el mundo, la multiforme y riquísima vida profesional, familiar y social, lo que han de santificar. Por eso el Fundador calificaba de «tentación» el intento de acotar espacios neutros en la propia vida:

«Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que solían venir junto a mí por los años treinta, que tenían que saber *materializar* la vida espiritual. Quería apartarlos así de la *tentación*, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como

73. *Conversaciones*, n.º 67.

74. *Ibidem*, n.º 48.

75. *Ibidem*, n.º 59. El subrayado es mío.

76. *Camino*, n.º 903 y n.º 137. Los subrayados son míos.

una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.

¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser esquizofrénicos, si queremos ser cristianos (...): a ese Dios invisible lo encontramos en las cosas más visibles y materiales»⁷⁷.

Estamos ante una clase de «infidelidad» que puede insinuarse muy sutilmente. Es la tentación de abandonar la propia responsabilidad y la propia misión en el mundo: desde la pasividad culpable al lamento triste y estéril (¡Qué mal están las cosas!) que esconde el apocamiento o a la cobardía de no querer comprometerse; en definitiva, la comodidad de considerarse incapaz de cambiar las cosas. No. Debemos mantenernos fieles —cada uno *siguiendo su camino*⁷⁸—, proclamando sin ambages la fe en la vida cotidiana con una conducta coherente: «Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo»⁷⁹.

El tercer significado es el que apuntaba el profesor Orlandis: la universalidad. Que «cada caminante, siga su camino» implica que la llamada a la santidad es para todos; que hay caminos para todos y no sólo para unos pocos. Quizás por eso al Fundador le gustaba este vocablo especialmente en plural; y desde sus más antiguos apuntes íntimos, habla con frecuencia de «ir por caminos de oración», o de «abrir los caminos de la tierra».

Ya hemos señalado antes esa luz arrolladora que supone el primer punto de *Camino*: «...Y enciende *todos los caminos de la tierra* con el fuego de Cristo que llevas en el corazón». Esa aspiración, que más tarde se convertirá en el mensaje permanente del Beato Josemaría, era una idea nuclear desde los comienzos de la Obra: «Desde 1928 mi predicación ha sido que la santidad no es cosa de privilegiados, que pueden ser divinos *todos los caminos de la tierra*»⁸⁰. Todos los caminos. Todos los proyectos. Todas las situaciones humanas:

77. «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones*, nº 114. El subrayado es mío.

78. El Beato Josemaría se refirió en varias ocasiones a diversas formas que puede adoptar esa tentación de abandonar el propio camino: «¡Galopar, galopar! ¡Hacer, hacer!... Fiebre, locura de moverse (...). Quietud. Paz. Vida intensa dentro de ti. Sin galopar, sin la locura de cambiar de sitio, desde el lugar que en la vida te corresponde» (*Camino*, nº 837). Y en otro lugar: «Vivir santamente la vida ordinaria (...). Dejaos, pues, de sueños, de falsos idealismos, de fantasías, de eso que suelo llamar *mística ojallatera* —¡ojalá no me hubiera casado, ojalá no tuviera esta profesión, ojalá tuviera más salud, ojalá fuera joven, ojalá fuera viejo!...— y ateneos, en cambio, sobriamente, a la realidad más material e inmediata, que es donde está el Señor» (*Conversaciones*, nº 116).

79. *Camino*, nº 2.

80. *Conversaciones*, nº 34.



«Debéis comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un *algo* santo, divino, escondido en las cosas más comunes que toca a cada uno de vosotros descubrir»⁸¹.

Por eso en el Opus Dei caben todos: de todas las razas, de todos los colores, de todas las condiciones sociales. Y por eso, también, toda la actividad de la Obra se sintetiza en dar formación a sus miembros; la misión principal del Opus Dei no es la promoción de iniciativas apostólicas concretas, sino la de formar a los fieles de la Prelatura para que puedan, como subrayaba el Beato Escrivá, «santificar todos los caminos de los hombres, que todos tienen el aroma del paso de Dios»⁸².

El cuarto y último significado es el de la novedad. Pienso que cuando el Beato Josemaría vio aquel cartel de Burjasot, no pudo menos que recordar lo difícil que estaba resultando abrir el camino de la Obra. «Cada caminante, siga su camino» significa aquí que el caminante siga no cualquier camino, sino el suyo, el que le pide Dios; aunque esté por abrir. Es bueno recordar que, por aquel entonces —1939— la llamada universal a la santidad, que años más tarde proclamó el Concilio Vaticano II, todavía no estaba amplia y plenamente asimilada. Y que tampoco había en el Derecho Canónico vigente un cauce jurídico apropiado para una realidad como el Opus Dei. Su carácter de institución de ámbito universal, que agrupaba tanto a sacerdotes como a laicos —hombres y mujeres— con un compromiso vocacional pleno, excedía el marco jurídico-canónico de la época. Fue también en el Vaticano II —cuando se creó la figura de las Prelaturas personales (Decreto *Presbyterorum Ordinis*, 1965)— el momento en el que la solución jurídica de la Obra empezó a vislumbrarse; si bien aún faltaban diecisiete años para que, en 1982, el Opus Dei fuese erigido en Prelatura personal.

Mientras tanto, el Beato Josemaría se esforzaba por abrir un camino que parecía imposible a los ojos humanos. Porque todo estaba sin hacer: en el plano teológico, en el ascético, y en el jurídico. Así lo explica a sus hijos en una meditación que predicó el dos de octubre de 1962:

«Me puse a trabajar, y no era fácil: se escapaban las almas como se escapan las anguilas en el agua. Además, había la incompreensión más brutal: porque lo que hoy ya es doctrina corriente en el mundo, entonces no lo era. Y si alguno afirma lo

81. «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones*, nº 114.

82. *Conversaciones*, nº 19.

contrario, desconoce la verdad (...). Había que crear toda la doctrina teológica y ascética, y toda la doctrina jurídica. Me encontré con una solución de continuidad de siglos: no había nada. La Obra entera, a los ojos humanos, era un disparatón. Por eso algunos dijeron que yo estaba loco y que era un hereje, y tantas cosas más»⁸³.

Ciertamente, la Obra era —en los años treinta y cuarenta— una realidad absolutamente innovadora: demasiado avanzada para los tiempos. Por eso, cuando en 1946 planteó en Roma la necesidad de nuevos pasos jurídicos adecuados a la realidad de la vida y del apostolado del Opus Dei, un destacado eclesiástico de la Curia les dijo: «Ustedes han llegado con un siglo de anticipación». Sin embargo, muchas veces señaló el Fundador del Opus Dei que el mensaje de la Obra resultaba novedoso porque se había olvidado lo que vivieron los primeros cristianos; por eso afirmaba —con clara intención paradójica— que «la Obra es una *novedad*, *antigua* como el Evangelio»⁸⁴; o, también, que «el Opus Dei es viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo»⁸⁵. Por eso no había en esa *novedad* (jurídica, teológica y ascética) nada extraño u oscuro: se trataba de una «novedad bien sencilla, como son las *nuevas* del Señor»⁸⁶.

No obstante, resultaba una novedad difícilmente asimilable para la mentalidad de quienes, en aquella época, no veían llegado el tiempo para semejante innovación. Por eso los obstáculos eran poco menos que insuperables. Pero más fuerte aún que las dificultades fue el deseo del Fundador del Opus Dei por ser fiel a lo que Dios le pedía. Hubiera sido más fácil ceder, claudicar ante la presión de las barreras e impedimentos y haber acomodado su mensaje a la realidad existente. Pero no: lo que Dios le pedía era otra cosa; y ante quien debería dar cuentas al término de su existencia no era ante los hombres sino ante Dios. A pesar de las contradicciones, se exigió una entrega total y permanente, para abrir un nuevo camino en el Derecho Canónico: un camino que reflejara y tutelara con absoluta claridad la condición secular de los fieles del Opus Dei y la de sus apostolados⁸⁷.

83. «En un dos de octubre», Meditación 2.X.1962; cit. en A. DE FUENMAYOR-V. GÓMEZ IGLESIAS-J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei*, EUNSA, Pamplona 1989, p. 66.

84. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta 25 de enero de 1961*, n° 4.

85. *Conversaciones*, n° 24.

86. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta 25 de enero de 1961*, n° 4.

87. «La Obra aparecía, al mundo y a la Iglesia, como una novedad. La solución jurídica que buscaba, como imposible. Pero, hijas e hijos míos, no podía esperar a que las cosas fueran *posibles*. “Ustedes han llegado —dijo un alto personaje de la Curia Romana— con un siglo de anticipación”. Y, no obstante, había que tentar lo imposible. Me urgían millares de almas que se entregaban a Dios en su Obra, con esa plenitud de nuestra dedicación, para hacer apostolado en medio del mundo» (*Carta 25-I-1961*, n° 19). Y en otro lugar: «Estoy seguro, hijos míos, que ha de salir. Ahora o dentro de uno o veinte años: pero saldrá. Es la última etapa de la Fundación. Saldrá porque el Señor nos escuchará; ¡tantos años rezando por esto, y miles de Misas, y tantas mortificaciones, y la rectitud de intención que nos mueve —su gloria, su servicio, la mayor eficacia de la Obra— y la confianza que tenemos en Él!» (Tertulia, Roma, 1962).



Buscaba, en definitiva, que «cada caminante, siga su camino»: el suyo propio, aunque hubiera que abrirlo dejando jirones de carne en el trayecto. Es la misma idea que había grabado a fuego en un punto de *Camino*: «Es preciso atravesar el mundo. Pero *no hay caminos hechos para vosotros...* Los haréis, a través de las montañas, al golpe de vuestras pisadas»⁸⁸.

* * *

Ha caído la noche. Los asistentes al curso de retiro de Burjasot han enfilado la puerta del comedor y se disponen a comenzar la cena. El Beato Josemaría está todavía recordando lo que ha leído en el cartel. Y de nuevo dirige su vista a esas palabras. Quizás entonces se acordó de este punto de *Camino*: «Los haréis... al golpe de vuestras pisadas». Y, quizás también, recordó algo que probablemente había leído antes de la guerra: unos versos de Antonio Machado, plasmados en *Campos de Castilla*, que parecían enlazar perfectamente con el lema poético de Burjasot:

«Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar...»⁸⁹.

Alfonso Méndiz Noguero
Fac. de CC de la Información
Universidad de Málaga
Campus de Teatinos s/n
E-29071 Málaga
amendiz@uma.es

88. *Camino*, n° 928. El subrayado es mío.

89. *Campos de Castilla*, «Proverbios y cantares» (CXXXVI), n° XXIX. El subrayado es mío.